

# URSS: XXIII CONGRESO

**D**ESDE que el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) condenó de una manera dramática y espectacular la figura de Stalin y renegó del culto a la personalidad, se espera de cada nuevo congreso una declaración sensacional, un «coup de théâtre», un algo que contribuya a la modificación de los perfiles políticos del mundo. De este XXIII Congreso que se está celebrando ahora —escribo cuando no ha terminado aún— se ha sacado ya algo llamativo: el restablecimiento del puesto de secretario general y la reconversión del Presidium del Comité Central en un «buró político». El hecho de que esta organización interior fuese la misma que prevaleció durante la época de Stalin podría haber hecho pensar en un «salto atrás» de no haber sido por la cuidadosa advertencia del orador que hacía la propuesta —Egorytchev, responsable del partido en la ciudad de Moscú— de que no habría un «retorno al pa-

sado», a no ser un pasado más lejano que el de Stalin: el pasado leninista, puesto que el cargo de secretario general fue creado en vida de Lenin. Sin embargo, lo ocupó siempre Stalin desde 1922 —Lenin estaba ya gravemente enfermo— hasta su muerte en 1953: hizo de este puesto una clave del poder. El partido se había mantenido hasta entonces en sus principios de «centralismo democrático» —la pirámide que se eleva desde las células de base, los radios, la federación, el comité regional, el comité central, el buró político y el secretariado— que admitió en su seno la existencia de corrientes ideológicas diversas hasta el X Congreso (1921) en el que comenzó a apuntar la fuerza dominante de Stalin, que más tarde se convertiría en un ahogo de todas las manifestaciones no-conformistas. Es difícil pensar en el puesto de secretario general sin identificarlo con Stalin y con el uso y el abu-

Por **EDUARDO HARO TECLEN**

so que hiciera de este cargo. «Se ha puesto de moda en estos últimos tiempos —ha dicho Egorytchev— buscar en nuestro país y en su vida política lo que se llaman “elementos de stalinismo”. Pero no habrá regreso al pasado, y todo lo que frenaba el camino hacia adelante queda rechazado para siempre».

**E**N general, el desarrollo —hasta ahora— de este XXIII Congreso no parece marcar ningún movimiento regresivo y, mientras no aparezca lo contrario, estos cambios de sistema tienen un aspecto simplemente administrativo. Sin embargo, a pesar de los intentos por convertir esta reunión en sensacional, tampoco

Brejev pronunciando el informe del Comité Central al XXIII Congreso del partido comunista de la URSS. A su derecha, Mikhail Souslov, y a su izquierda, Kossyguin.



se ve por el momento que ofrezca nada especialmente nuevo. La sensación de espera, de prudencia, de quietud que entró en la vida política soviética después de la salida de Kruschev —de quien vuelve a decirse ahora que está gravemente enfermo— no se ha roto. El informe de Brejnev en la sesión de apertura es simplemente moderado. Se limita a mantener posiciones. Hay una apertura a China y a Albania —«partidos hermanos»— con la oferta de negociaciones ideológicas «cuando las circunstancias sean oportunas»: esta forma de no rechazar de plano la opinión de los otros, de tender un puente hacia una posible —aunque lejana— reconciliación, esta suavidad en la forma de la expresión de las diferencias, contrasta seriamente con la aspereza de tono de los chinos, que consideran que este congreso «no tiene nada en común con un congreso del partido de Lenin» y que insisten en que «el partido soviético favorece en la URSS un renacimiento capitalista» y que «los hechos demuestran lo bien fundado de las críticas chinas con respecto al falso partido kruscheviano». Hecho curioso, estos artículos aparecidos en la prensa china no están escritos por chinos. Uno de ellos es del belga Jacques Grippe, otro es una reproducción del periódico peruano «Bandera roja». Puede no ser más que una coincidencia, pero da la sensación de que los chinos esperan el final del congreso para obtener por su cuenta las consecuencias necesarias y mientras tanto entretienen la impaciencia de la opinión pública con frases de extranjeros, que en cualquier momento pueden ser olvidadas. En todo caso, la decisión de Pekín de no enviar representantes de su partido al XXIII Congreso supone algo más que un comentario. Los chinos debían temer que el PCUS obtendría fácilmente de los partidos comunistas reunidos en Moscú una excomunión del partido de Pekín. No solamente no ha sido así, sino que ha habido una mano vagamente tendida. Y las intervenciones de comunistas extranjeros han insistido en la necesidad de buscar fórmulas de reconciliación.

Los términos en que Brejnev ha expresado la política internacional del partido no son tampoco sensacionales. Se encuentran los tradicionales ataques al colonialismo y al imperialismo, la condena absoluta de la política de Estados Unidos en el Vietnam, la acusación contra Alemania Federal de estrechar su alianza con Estados Unidos con el fin de mantener una política de agresión en Europa y de sustituir, por este lazo bilateral, el desfallecimiento de la alianza atlántica. Una alusión amistosa a Francia es principalmente una respuesta a la política del general De Gaulle, y una manera de prepararle la recepción para cuando visite el país —a mediados de junio— pero tampoco descubre ningún secreto.

La clave de este congreso está, sin duda, en las líneas de política económica y social interior que se adopten. La semana de trabajo de cinco días y 41 horas, la elevación del salario mínimo —que va a fijarse en 60 rublos mensuales, o sea unas 4.000 pesetas—, las pensiones de jubilación para los hombres a partir de los sesenta años y para las mujeres a partir de los 55, son temas de escasa resonancia periodística en el mundo exterior a la URSS pero que tienen una repercusión extraordinaria en el país. Y en resumen —como dice el «Times» de Londres del 29 de marzo en un editorial— «los dirigentes soviéticos se pondrán a prueba en las cuestiones de orden interior de una forma



Leonidas Brejnev, primer secretario del Comité Central del partido comunista de la URSS, llega al Congreso.

que, a fin de cuentas, determinará la posición soviética en el mundo». Las reformas en la industria y en la agricultura son necesarias. Uno de los primeros discursos —el de Kunaev, de la república soviética del Kazajstan— ha señalado ya que en su república no se ha podido realizar el plan de cultivo de cereales «y no solamente debido a las condiciones meteorológicas desfavorables, sino también por los errores cometidos en la dirección de la economía agrícola». La crítica esencial era para Kruschev que en sus programas agrícolas recomendaba que millones de hectáreas se consagrasen al cultivo del guisante y las habas, reduciendo así de «una manera injustificada la producción de los principales cereales». El problema había sido ya enunciado directamente por Brejnev en el discurso de inauguración: «El plan económico septenal no ha sido cumplido en ciertos aspectos importantes; especialmente, en la agricultura. Los retrasos en la agricultura han tenido un efecto negativo sobre el desarrollo de la industria, de la alimentación y sobre la industria ligera. Han impedido la realización de medidas para la elevación del nivel de vida de nuestro país».

TODO parece indicar que las posiciones soviéticas en estos momentos consisten en mantener la línea abierta con el exterior, tanto con los países de occidente como con los disidentes comunistas; no cortar ninguna comunicación, no dejar caer la esperanza de la «coexistencia pacífica» y, mientras tanto, mientras una serie de circunstancias históricas se desenvuelven en el mundo de occidente, realizar los programas de consolidación del frente interior. La mayor parte de los partidos comunistas de los países extranjeros parecen coincidir con esta línea general o, por lo menos, preferirla a la línea que trata de imponer Pekín. El hecho de que hasta partidos comunistas asiáticos —con la excepción del japonés— hayan asistido al congreso, incluso algunos de los más firmes aliados de China —como Corea del Norte, como Vietnam del Norte— parece indicar que no puede hablarse hoy de una escisión del comunismo en dos campos, sino de una simple separación de China del movimiento comunista mundial, seguida por un solo país —Albania— y por partidos de escasa importancia numérica y de escaso peso ideológico. (Fotos Nemes y Archivo)